



Memorias del verano

Por Mario Parajón

En verano dirigí por tercera vez una obra de teatro, esta vez en el famoso Patronato. Fue precisamente un mes de agosto y gracias a Roberto Peláez. Debo decir una palabra sobre él. A medida que más y mejor le doy repaso a mi vida, más feliz me siento de haber conocido a los que conocí. Es algo que me parece que todo ser humano debía tener en cuenta. Dios nos pone en el camino a éste, al otro, a ese que nos cae muy bien y a ese otro que nos irrita. Sólo vivimos una vez y sólo una vez hacemos nuestra vida. Es importante que conozcamos a fondo a esos con los cuales nos ha tocado ir en la misma embarcación, realizar nuestras empresas, detenernos a descansar, llorar nuestras lágrimas y reír las carcajadas.

Roberto Peláez tenía por entonces unos cuarenta años. Semblante noble, ni grueso ni delgado pero inclinándose a lo primero, empleado de un ministerio, aficionado a las antigüedades, superamigo de sus amigos, socio del Miramar, muy sensato, serio y a la vez con grande sentido del humor, siempre lleno de dignidad. La sonrisa era muy benévola.

Estaba empeñado en dirigir una obra de misterio que montó más tarde, *Damas Retiradas*; y había encontrado dificultades para hacerlo en el Patronato. Eligió a Dulce Velasco y a Marisabel Sáenz para interpretar los papeles principales. Durante los ensayos se hicieron famosos los encuentros entre Dulce y Marisabel, a cual más indignada con la otra. Dulce era alta, rubia, gruesa, con un tono inolvidable de voz en el más entonado de los registros de la contralto. Había en su persona algo que temblaba o mejor que se estremecía, como si lo dramático esencial le cruzara por las entrañas sin dejarle respiro.

Roberto me insistió en que eligiera una obra para el turno de agosto. Yo tenía un par de libros de teatro inglés contemporáneo que me había devorado en semana y media tumbado en la cama y a las horas más altas de la noche. Alternaba su lectura con la de Proust, que ha sido probablemente el autor que más huella me ha dejado. Encontré de pronto una comedia ligera, divertida, rápida, con cierto sabor wildeano y algo que no supe caracterizar entonces y que andando los años, al pensar en ella, logré expresar el fin: el autor era un poco el exponente del inglés medio y la comedia me pro-

yectaba un aire paradigmático que era precisamente lo que yo buscaba. Yo quería aprender bien lo que era una comedia; y por eso me interesaba una que reuniera todos los rasgos del género, que no fuera de las geniales, tampoco de las mediocres ni de las malas, sino de las excelentes, pero sin demasiada personalidad. Pienso que todo esto sólo se da en una tierra como la inglesa, donde la arena del tiempo ha levantado mil bancos decantando una tradición que se levanta a tremenda altura a poco que se le toque un resorte.

Era de Sommersat Maugham y se titulaba *El Círculo*. No figuraba entre las más populares de este gran viajero, autor de cuentos ingeniosos y de novelas a mi juicio insoportables. Yo no le tenía gran admiración, pero si una cierta simpatía a causa de su arte para observarlo todo y amar intensamente la realidad. Vivía viajando, desafiaba el calor de Roma verano tras verano, frecuentaba las islas, iba por las noches a los casinos y detestaba a los críticos. Me leí varias veces el texto y saqué una conclusión que escribiría en las *Notas al Programa* redactadas a partir de entonces para cada estreno del Patronato del Teatro. El secreto de Sommerset Maugham consistía en su arte para reducir al absurdo cada situación de la vida. El muy astuto sabía que el inglés era hombre de conducta uniforme: hacía hoy lo mismo que ayer, el hijo lo mismo que el padre; y lo consabido era, por supuesto, siempre lo mejor. La comedia es el género teatral de los espíritus puritanos que aman la travesura.

Porque en el puritanismo todo está bien; los hombres cumplen su palabra, las mujeres son respetables, aman las flores y los abanicos. La diosa es la más sana, la gente se acuesta temprano, la familia se reúne, a los viejos se les rinde homenaje y las niñas y los niños aprenden pronto a recitar, a obedecer y a sonreír con gracia. Todo está bien, todo es dulce en este ambiente, pero el aburrimiento lo amenaza y entonces es cuando viene la comedia en auxilio de esa boca que se halla a punto de abrirse para realizar la parábola cóncava de un formidable bostezo.

¿Qué hace la comedia? Algo muy sencillo: irle de frente a lo consabido. Si lo normal y lo decente es que una madre defienda y se ponga de parte de su hijo cuando la nuera se escapa con el amante, Sommerset Maugham presen-

tará a una mamá cara dura que apoya a su nuera en fuga porque ella hizo lo mismo veinticinco años antes con el esposo legítimo. Y si lo que se espera es que el autor presenta a la vieja adúltera como figura grotesca para que así pague su delito, Sommerset Maugham lo hará, pero dándonos la tremenda sorpresa de hacerle al final una defensa ingeniosa a esa personalidad grotesca.

Por supuesto: el público que asistía a la representación de *El Círculo* en Londres no comulgaba con estas ideas; pero le gustaba verlas en el escenario para liberar el fondo de villanía que todos llevamos más o menos incrustado por herencia de Adán. La astucia de Maugham llega al extremo de presentar estas situaciones bajo envoltorio elegante y no exento de refinamiento.

Pasé varios días trazando el movimiento escénico con el boceto del decorado ante mí. Empezaba sobre las diez de la mañana y a las seis de la tarde había avanzado muy poco, pero siempre avanzaba algo. Me imaginaba a los actores en escena. Pensaba que Minín Bujones, la primera actriz, tenía que moverse con agilidad, sin que nadie le cruzara por delante; y que proyectase algo muy desenvuelto y también radiante. Este adjetivo, radiante, me sirvió para pensar más en Minín y su personaje. En la obra se llamaba Isabel, estaba casada con Eduardo Egea, tenían que recibir a un amigo y éste acababa marchándose con Isabel. La noche del estreno, al ver que a Minín le brillaban los ojos cuando entraba y salía de escena, sentí que había logrado algo, quizás muy poquito, pero algo que me podía dar un poco de seguridad en mí mismo.

Creo que Angel Espasande anda por Miami. Desde aquí lo saludo con todo mi cariño y toda mi admiración. ¡Qué manera de ser caballeroso, artista y buen compañero! Me llevaba muchos años, le sobraba toda la experiencia de la que yo carecía, y fue capaz de seguir cuanta indicación le di, siempre amable, modesto y disciplinado! Era el viejo amante de la suegra de Isabel, Lord Porteous, gruñón, artístico. Espasande interpretó su personaje de manera impecable.

Apartado 17
28370 Chinchón
Madrid